

Review / Reseña

Maximiliano Fuentes y Ferran Archilés (eds.), *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*. Madrid: Akal, 2018.

Adriana Petra

Universidad Nacional de San Martín

En el campo académico español la historia intelectual y de los intelectuales es un espacio disciplinar aún poco transitado si se lo compara con el caso latinoamericano, en el que países como la Argentina, México y Brasil han logrado desarrollos notables, incluyendo un asiento institucional sólido, con congresos y centros de investigación especializados. En este contexto, el libro editado por los historiadores Maximiliano Fuentes Codera y Ferran Archilés emula la función que a mediados de la década de 1980 ejerció, para el caso francés, la obra de Jean-François Sirinelli y Pascal Ory *Les Intellectuels en France, de l’Affaire Dreyfus à nos jours*: a la vez que se propone trazar un recorrido por las algunas de las formas del compromiso político de los intelectuales en Europa y América Latina desde fines del siglo XIX y, sobre todo, a lo largo del siglo XX, pretende establecer un mapa metodológico y disciplinar para un campo en construcción.¹

El volumen está organizado en catorce capítulos escritos por autores y autoras de trece universidades europeas y americanas que en conjunto—por obra de un

¹ Traducido al español como *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días* (Valencia: Publicacions Universitat de València, 2007).

meditado trabajo de puesta en común y edición—ofrecen un recorrido plural pero no desigual, diverso en metodologías y tonos, pero riguroso en sus preguntas y abordajes, sobre el espinoso tema del vínculo entre la política y la cultura, la creación y el compromiso, la autonomía y la necesidad, en un periodo donde no faltaron las catástrofes y las tragedias, tanto como las revoluciones y las revueltas. El hecho de que para algunos intelectuales tragedia y revolución fueran una misma cosa, es, en parte, lo que organiza el sistema de posiciones y tensiones de las que se ocupa este libro.

A lo largo de los trabajos puede observarse el apego de los autores a la agenda que la historia y la sociología de los intelectuales ha consolidado en las últimas dos décadas: los capítulos se ocupan de itinerarios y trayectorias, abordan grupos y generaciones, espacios de sociabilidad, revistas y redes desde una perspectiva transnacional y comparada. El capítulo que encabeza el libro, escrito por la socióloga francesa Gisèle Sapiro, es un programa acerca de cómo trabajar el vínculo entre política e intelectuales, si bien limitado al caso francés. Aunque el resto de los capítulos no desarrolle estrictamente el punto de vista bourdiano que domina el análisis de Sapiro, su inclusión habla de la voluntad instituyente de los compiladores respecto a la historiografía española sobre los intelectuales.

Este libro abre una serie muy amplia de temas y problemas que podrían dar lugar a varias vetas de lectura, de las que elegiré, para esta reseña, tres que considero fundamentales: la cuestión de los intelectuales y la nación; el trabajo sobre las escalas en el impacto de ciertos acontecimientos; y la relación entre intelectuales y partidos u organizaciones altamente institucionalizadas. En efecto, a través de la serie de casos que estudia, el volumen es una historia transnacional de la preocupación intelectual por la nación y de la función de los intelectuales en la definición de tópicos asociados a las identidades, el nacionalismo y/o la cuestión nacional. Esto puede observarse en el capítulo de la historiadora argentina Paula Bruno, que se ocupa de las voces del grupo de intelectuales que en el entresiglo latinoamericano comienzan a delimitar una serie de ideas sobre el subcontinente que progresivamente se articulará por y en contraste con los Estados Unidos. El tema de la nación es central en el capítulo de Maximiliano Fuentes, dedicado a la inédita movilización de intelectuales que apoyaron la causa de sus respectivas naciones durante la Primera Guerra Mundial, y en el de Patrizia Dogliani, sobre el ocaso del internacionalismo socialdemócrata y su reemplazo por el internacionalismo bolchevique que llegó con el triunfo de la Revolución Rusa. El par nacionalismo y cosmopolitismo está en la base de la colaboración de Enzo Traverso sobre los intelectuales judíos.

La cuestión persiste en el artículo de Ismael Saz sobre la trayectoria de un grupo de letrados españoles que en las primeras cuatro décadas del siglo XX opera un pasaje del liberalismo al antiliberalismo, e incluso del socialismo al fascismo, que tendrá el problema de la nación como eje vertebrador. El asunto aparece entonces como un motivo para los “guardianes del orden”, para decirlo con Sapiro, pero también para los “intelectuales orgánicos” de formaciones de izquierdas, como lo demuestra el caso de los miembros del Partido Comunista Italiano, analizado por Albertina Vittoria.

La pregunta por la nación y las respuestas por la vía de la cultura y de la relación con lo popular organizan el texto de José Neves dedicado al comunista portugués (luego disidente) Antonio José Saraiva, pero también está presente en el itinerario cientificista y anticlerical del psiquiatra español Carlos Castilla del Pino del que se ocupa Ángel Duarte y, por supuesto, como lo demuestra Giame Pala, en el grupo de intelectuales catalanes que ingresan al Partido Socialista Unificado de Cataluña en la década de 1950, invocando a Gramsci para dedicarse casi de modo principal al problema de la cuestión nacional catalana.

El binomio nación y revolución atraviesa la segunda estación latinoamericana del libro, la que a través de la buena pluma de Carlos Aguirre arranca con la revolución cubana—una revolución que comenzó nacionalista—para observar los modos del compromiso intelectual de la familia letrada del subcontinente con un proyecto cuyos avatares y derivas constituyeron un capítulo latinoamericano de la historia de global de los intelectuales en el siglo XX. Es, por último, de un espacio nacional que se ocupa el capítulo que cierra el libro, escrito por François Hourmant, dedicado a observar el campo intelectual francés bajo el prisma de una figura que desaparece: la del intelectual de izquierdas, escarnecido bajo los fuegos del encantamiento de los círculos parisinos con los movimientos de liberación nacional, el antiimperialismo tercermundista y el maoísmo chino.

En segundo lugar, el libro es también una historia comparada que permite observar el modo en que la vida intelectual funciona, tal vez como en pocos otros ámbitos, al ritmo de los acontecimientos del mundo, pero que, a la vez, esos acontecimientos o coyunturas “globales” (1914, 1917, 1945, 1956, 1968, 1971, 1989, 1991) no son leídos del mismo modo ni producen efectos idénticos en la escala local. Vaya como ejemplo un par de sucesos muy citados en el libro: el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la posterior invasión soviética a Hungría, ambos en 1956. Estos episodios fueron cruciales para comprender la crisis del mundo comunista, sobre todo en Francia, por vía de la ruptura estruendosa de Jean-

Paul Sartre. Pero mientras en París se incendiaban los locales de PCF y del diario *L'Humanité*, en Cataluña ingresaba al partido una generación de intelectuales brillantes, y el joven Fidel Castro, que años más tarde abrazará las aristas más intransigentes y retrógradas de la política soviética, celebrará la liberación de Hungría de las garras de un sistema opresor, tan opresor, decía entonces, como el que Estados Unidos ejercía sobre Cuba. El libro es una muestra magnífica de que las vicisitudes del mundo siempre alcanzan a los intelectuales, pero con ritmos e intensidades que dependen de contextos específicos, diversos, y a veces en tensión. Y es una muestra también de que aunque la historia de los intelectuales pueda ser una historia de los intelectuales franceses, el siglo XX fue, en términos políticos, pródigo en establecer otros centros (Moscú, La Habana o Pekín), cuya condición periférica fue, por eso mismo, motivo de peregrinación y motor de posiciones o reacomodamientos en los respectivos campos nacionales (los sucesivos apoyos de Sartre al comunismo soviético, cubano y chino son un ejemplo paradigmático).

El tercer eje que atraviesa el libro es la relación entre intelectuales, política y organizaciones con un alto grado de institucionalización (partidos, o partidos-Estado, como la URSS y Cuba). A lo largo del volumen parece refrendarse la idea de que el siglo XX fue el siglo del comunismo también en términos de la historia de los intelectuales. No solo porque se le dedican varios capítulos a seguir la trayectoria de intelectuales de partido, de “clérigos”, a menudo provenientes de las fracciones más desfavorecidas del campo intelectual, sino porque también los grandes nombres, haciendo uso de su capital conquistado, establecieron su lugar en el espacio del compromiso político definiéndose a favor o en contra de la experiencia comunista. Así sucede con André Gide, pero sobre todo con Sartre y con Albert Camus, cuyos perfiles y opciones políticas, a veces dramáticas, son abordados en los artículos de Ferran Archilés y Jeanyves Guérin. El comunismo y su hermano gemelo, más longevo y saludable, el anticomunismo, formaron parte del discurso de los intelectuales y establecieron los términos en función de los cuales estos decidieron anteponer o no su libertad creativa a la necesidad de la política, supeditar o no las reglas de su arte a las necesidades y reglas del combate militante, de la revolución o al menos de la idea de una revolución. Y esto es interesante porque en realidad lo que el intelectual de institución plantea como problema para una historia no idealista de los intelectuales, no es tanto su condición heterónoma sino el modo en que esa heteronomía efectivamente funciona y puede ser analizada en términos que no sean moralizantes.

El libro puede leerse, tanto por la indicación de sus compiladores en la introducción como por la disposición cronológica de los 14 capítulos que lo componen, como la historia de una figura que fue precipitándose hacia la extinción: la del intelectual comprometido. El intelectual de este libro, la figura de intelectual que trabaja este libro, aunque no es definida en términos normativos ni restrictivos, tiene ciertos atributos: en la mayoría de los casos es un escritor, se identifica con las izquierdas y es un varón. Entonces, cabría preguntarse si en realidad lo que está en crisis no es *esa* figura del intelectual. El varón letrado y progresista, el profeta y el guía que, como escriben con gran lucidez los compiladores, es improbable y tal vez nada deseable que vuelva a escena. Entonces, si pensamos en los términos de la preocupación político-intelectual que habita el libro y el desafío que nos propone, tal vez sea necesario intentar una nueva genealogía del compromiso intelectual, una que descentre *esa* figura para enhebrar otras, más plurales y diversas. Al plantear la pregunta y recoger el desafío de pensar acerca de las formas que tomará el compromiso intelectual en un mundo en crisis como el que habitamos, este volumen realiza un aporte suplementario al objetivo muy cumplido de ofrecer un panorama del estado del campo y de sus principales preocupaciones.